

HERNÁN RAMÍREZ NECOCHEA

Obras Escogidas

Volumen II

Antecedentes económicos de la Independencia de Chile.
Origen y formación del Partido Comunista de Chile.
Las Fuerzas Armadas y la Política en Chile (1810-1970).

Selección, edición y estudio preliminar: Julio Pinto



ante los trabajadores con un rostro renovado, con seductoras banderas reformistas y populistas, destinadas a producir divisionismo entre asalariados, atrayendo a los de más bajo nivel de conciencia de clase, y, en último término, a proteger lo fundamental del capitalismo. La bandera que se levantó fue la de la democracia cristiana, a la que se presentó como la alternativa que debía “batir al socialismo” en el espíritu de los trabajadores. Pareciera que este propósito de sus precursores no muy lejanos, ha sabido mantenerlo un sector de la democracia cristiana hasta hoy.

5. Luis Emilio Recabarren

Resulta en realidad sorprendente constatar que a pesar de sus limitaciones teóricas y de sus deficiencias orgánicas, el movimiento socialista chileno hubiera mostrado capacidad para crear una ruta acertada que permitiera conducir la lucha de clase del proletariado hasta sus niveles más elevados y que, además, hubiera podido encarar algunos problemas con juicio certero y concordante con el de los sectores conscientemente revolucionarios que actuaron en la Segunda Internacional durante los años definitorios de la Primera Gran Guerra.

También produce admiración constatar cómo, en plazo relativamente breve, la acción espontánea de los trabajadores, coordinada eficazmente con la labor del Partido Obrero Socialista, consiguiera levantar un movimiento sindical poderoso, vertebrado nacionalmente por la F.O.Ch., dotado de incuestionable orientación revolucionaria, y capaz de sostener intensas, amplias y continuadas luchas en que participaban grandes masas de trabajadores.

Todo esto puede ser atribuido a la forma cómo se fue desarrollando la lucha de clases del proletariado entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX. Parcialmente, también puede ser considerado consecuencia de las características muy particulares que presentó la vida de los trabajadores del Norte –de las pampas salitreras– y de las modalidades que allí revistió el régimen de explotación establecido.

Pero, sin duda alguna, hubo un hombre extraordinario –Luis Emilio Recabarren– que tiene el mérito primordial de que esto hubiera sucedido.

Iniciado en las contiendas político-sociales cuando era aún adolescente, Recabarren vivió un constante proceso de desarrollo de su personalidad; tras ardua lucha librada consigo mismo, en su propia conciencia, logró superarse y adquirir, con caracteres cada vez más acentuados e indelebles, los perfiles de un revolucionario a carta cabal y del más preclaro dirigente de los trabajadores que ha producido Chile.

En cierto sentido, la trayectoria de Recabarren desde su condición de miembro del Partido Demócrata hasta su calidad de fundador del Partido Comunista, desde su adhesión juvenil al reformismo de la tienda en que militó durante los primeros años de su vida, hasta su formación como revolucionario inspirado en el marxismo, desde su vinculación con sociedades mutualistas hasta su calidad de dirigente máximo de la F.O.Ch., desde su situación como dirigente sindical y político nacional hasta su reconocida militancia y significación en el movimiento obrero internacional, representa una perfecta y completa síntesis de la trayectoria que recorrió el proletariado desde fines del siglo XIX hasta principios de la tercera década de este siglo.

Ambos procesos muestran cómo el instinto revolucionario de un hombre y de los sectores más despiertos de una clase –el proletariado– avanza y, sin perder su fecunda espontaneidad, se transforma en una conciencia sólida que puede aprehender racionalmente situaciones históricas y dar formas a una acción de alto vuelo revolucionario. En ambos procesos se observa una línea ascendente que conduce a concepciones más perfectas y acabadas de la lucha de clase del proletariado, de sus objetivos y de sus métodos. En ambos procesos, en fin, se aprecia lo que significa la generación y la existencia de un hombre que llega a convertirse en dirigente máximo, y la generación y existencia de un dirigente colectivo representado por la vanguardia del proletariado. En otras palabras, Recabarren fue la figura señera del proceso revolucionario chileno en las primeras etapas de su desarrollo; se integró totalmente a él, lo supo interpretar, comprendió su trascendencia histórica, se dio cuenta de las condiciones en que se desenvolvía y pudo, en consecuencia, recibir influencias que lo enriquecían y ejercer influencias enriquecedoras.

La relación de Recabarren con el proletariado presentó la autenticidad de las relaciones que corresponden a un dirigente revolucionario con su clase. No fue un elemento ajeno al pueblo que advino a él; fue un hombre que nació y se plasmó en el seno del pueblo, por lo que su personalidad íntegra se formó en la intimidad proletaria. Alimentándose incesantemente de la fuerza y de la capacidad de rebeldía que la clase obrera posee por naturaleza, recibiendo enseñanzas que solo el contacto estrecho con la vida social puede brindar, luchando junto a los trabajadores y siguiendo en toda circunstancia la suerte de éstos, adquirió la investidura del gran dirigente político y sindical del proletariado, desprovisto de cualquier vestigio de comportamiento burgués, que se consagró tesoneramente y hasta con sacrificio a su clase. Hombre de honestidad acrisolada y de principios arraigados, nunca incurrió en ninguna forma de demagogia –corruptor subproducto político del régimen burgués– que solo manejan libremente quienes desprecian a la clase obrera y al pueblo y los creen objetos susceptibles de ser manipulados inescrupulosamente; por lo mismo, fue veraz con los trabajadores y veló celosamente por

que éstos conocieran la verdad sobre toda clase de asuntos y mantuvieran su espíritu crítico permanentemente despierto frente a cualquiera situación y, sobre todo, frente a cualquiera expresión de dogmatismo. Siempre demostró aptitud para actuar sin sectarismo, pero con firmeza; flexiblemente, pero sin debilidad; con autoridad, pero sin autoritarismo; fraternalmente con los trabajadores, pero sin blanduras; francamente con las masas y sin halagarlas, pero sin el menor asomo de prepotencia, vanidad o sentimiento de superioridad. Poseído de gran curiosidad intelectual y confiando en el valor de las ideas como instrumento de desarrollo y de lucha, estudió incansablemente, estimuló el estudio entre sus camaradas y ofició como maestro que se daba tiempo para escribir ensayos, artículos de prensa y hasta pequeñas obras de teatro.

Significativamente hay un hecho en la vida de Recabarren que llama la atención: él nunca fue miembro de los equipos encargados de dirigir al Partido o a la F.O.Ch. ¿Por qué esta conducta? Muchas conjeturas podrían hacerse para explicarla; pero ninguna descansaría sobre bases suficientemente sólidas. Sin embargo, no por ello dejó de ser el dirigente superior reconocido por todos. Y por ser el líder de verdad, estuvo lejos de ser el caudillo que encandila emocionalmente a las masas y las conduce a acciones cuyo fin ignora; fue muy distinto del agitador intrascendente que moviliza al pueblo en pos de limitados o falsos objetivos con el propósito de erigirse en su conductor; no tuvo nada del dirigente calculador que, para labrarse fácil popularidad, tolera complaciente y hasta fomenta debilidades o rasgos negativos que menoscaban la labor revolucionaria propia de trabajadores conscientes; no se dejó llevar por ninguna forma de subjetivismo que convierte en realidades los deseos o las esperanzas que puedan surgir en el espíritu. Nunca cayó en arrebatos extremistas, no se dejó dominar por impacencias que desembocaran en irresponsables aventuras o inconsistentes acciones; tampoco cayó en el adocenamiento o en la falta de dinamismo e imaginación, con lo que evitó la pasividad, el conformismo, el trabajo rutinario y esclerotizado.

Intrépido y experto, Recabarren se entregó a la misión de abrir cauces y crear formas de organización adecuadas para que las enormes virtualidades revolucionarias del proletariado se actualizaran y adquirieran robustez y gravitación. Por ello, fundó, primero, el Partido Obrero Socialista y, más tarde, el Partido Comunista de Chile.

Al operar como lo hizo, Recabarren señaló el camino y marcó el rumbo a su obra predilecta, al Partido Comunista. La función que Recabarren cumplió como dirigente individual, es la función que legó al Partido y que éste ha cumplido y cumple frente a la clase obrera, a los campesinos, a los trabajadores todos, y al pueblo en general.

Justamente por estos rasgos, la personalidad de Recabarren alcanzó una dimensión nacional extraordinaria que se proyectó, como corresponde a un dirigente de primera magnitud, al plano internacional. Así se explican sus vinculaciones con el movimiento obrero argentino; incorporado al Partido Socialista del país vecino, en 1907 participó activamente, como representante de los obreros gráficos, en el Congreso de Unificación, de las Organizaciones Obreras, que tenía por objeto establecer la unidad entre la Unión General de Trabajadores de tendencia socialista y la Federación Obrera Regional Argentina, anarquista; en este Congreso bregó por la unidad del proletariado y, a la vez, contra el sectarismo de que daban muestras los “comunistas anárquicos” a quienes enrostró su “espíritu, plagado aún, dominado todavía, por los prejuicios que condenáis en la sociedad burguesa”⁸³. Más tarde, en 1916, otra vez en las filas del Partido Socialista Argentino, se enroló con entusiasmo en su sector revolucionario y tomó parte, en 1918, en el Congreso Constitutivo del Partido Socialista Internacional, y llegó a ser Secretario de la nueva organización; por estos motivos, el Partido Comunista Argentino lo considera como uno de sus fundadores y primeros dirigentes. Por su consecuencia con los principios básicos del socialismo, Recabarren profesó y practicó el internacionalismo proletario sin vacilaciones; y así como en la primera década del siglo se vinculó a la Segunda Internacional, al fundarse la Internacional Comunista, propició y consiguió la vinculación del movimiento revolucionario chileno a la organización internacional de los comunistas fundada por Lenin; del mismo modo, propició la incorporación de la F.O.Ch. a la Internacional Roja de Sindicatos con sede en Moscú.

La personalidad de Recabarren, como se ha indicado constituye una completa síntesis de la evolución experimentada por el movimiento obrero chileno desde que éste se expresó espontánea y libremente, hasta el instante en que se adoptaron superiores formas de organización política y sindical proletarias. La presencia de Recabarren en el proceso revolucionario chileno indica que éste tuvo el privilegio de contar con un militante ejemplar, animado de indomable coraje y apasionada serenidad, de convicciones firmes y profundas, de confianza sin límites en la misión histórica del proletariado y de amor infinito por su clase, a la que anheló ver redimida; Recabarren fue un hombre que tuvo la sencillez de un modesto trabajador, pero, a la vez, poseyó la dignidad y hasta el orgullo de quien se sabía legítimo abanderado del pueblo⁸⁴; por ello, concitó el hondo afecto y hasta la veneración de los trabajadores y

⁸³ Recabarren. “Controversia con los anarquistas”. Publicado en *El pensamiento de L. E. Recabarren*, tomo II pág. 420.

⁸⁴ En una oportunidad, hablando en la Cámara de Diputados, dijo con orgullo indisimulado: “Represento a los peones de la pampa del salitre, a esos hombres que han proporcionado a este país tanta riqueza con el esfuerzo de sus músculos vigorosos. Estos son mis representados. Para exponer sus ideas he venido aquí”.

el respeto sincero de sus adversarios. Ese hombre, con talla de maestro y fe de apóstol, fue el cerebro y la conciencia del Partido Obrero Socialista, el músculo y fuerza animadora de la F.O.Ch., el guía y corazón del proletariado chileno. Y por encima de todo, era el dirigente querido, el entrañable “Don Reca” para los trabajadores y revolucionarios que tuvieron la suerte de ser sus discípulos y continuadores.

Por todas sus sobresalientes cualidades, Recabarren adquirió perdurabilidad y relevancia en la historia de Chile contemporáneo. De él podría decirse lo mismo que Lenin escribió sobre Augusto Bebel: “Siendo un obrero, supo abrirse paso hacia firmes concepciones socialistas, supo ser modelo de dirigente obrero, de representante y militante de la lucha en masa de los esclavos asalariados del capital por una organización mejor de la sociedad humana”⁸⁵.

6. Lucha de clase de los asalariados y dictadura de clase violenta de los explotadores

Como se ha visto, la lucha de clase sostenida por los trabajadores alcanzó altos niveles y se tornó cada día más ardorosa, lo que permitió a un dirigente del Partido Obrero Socialista escribir: “El proletariado de nuestro país atraviesa por un período de intensa agitación. Lo demuestran las grandes convulsiones que se desarrollan de sur a norte de la República. Los eternos ilotas despiertan a una nueva vida y se agitan altivos en demanda de sus derechos para conquistarlos a trueque de los más caros sacrificios. No cuentan ya los capitalistas con la mansedumbre y resignación de la masa que hasta ayer soportaba todas las vejaciones imaginables de los amos. Hoy estamos frente a frente, desafiando al poderoso y dispuesto a hacer triunfar aspiraciones... El ejército obrero de Chile aspira, como nuestros hermanos de otros países, a conquistar sus libertades morales y naturales y es imposible que lo detengan los reaccionarios y sostenedores del carcomido régimen que se esfuma”⁸⁶.

La gente tomó conciencia de la lucha de clases abierta que empezó a vivir el país como consecuencia de los hechos analizados y de la labor educadora del pueblo que realizaban el Partido Obrero Socialista y la F.O.Ch. En los periódicos proletarios, día a día, se publicaban artículos que contenían ideas como las que siguen: “La experiencia de una vida triste y miserable ha enseñado a los trabajadores de Chile que hay una clase directora que manda y legisla para ella. La amarga realidad les enseña que contra esa clase deben estar sus actividades; está en ello su vida, su pan y el progreso general... La lucha de clase nos lleva hacia el socialismo”.

⁸⁵ V. I. Lenin. *Augusto Bebel. Obras Completas*, tomo 19, pág. 297.

⁸⁶ Guillermo Cerda. “Al margen de la situación obrera”. Art. public. en *La Comuna*. 20 de marzo de 1920.

Y el clima creado por la agudización de la lucha de clases, en medio de una situación de crisis padecida por el régimen dominante, tenía expresiones muy concretas. El dirigente comunista Juan Chacón Corona, a este respecto escribió: “Se sucedían en esos años (1918, 1919, 1920) las huelgas, las manifestaciones callejeras y las grandes asambleas. No nos dábamos cuenta bien de lo que pasaba, pero sentíamos que la cosa se movía. Creíamos que la revolución estaba muy cerca, a la vuelta de la esquina”⁸⁷. Y frente a esta visión de un obrero, estaba la de un perspicaz y experimentado político burgués -Manuel Rivas Vicuña- quien afirmaba: “Las huelgas estallaban casi diariamente y a veces en forma violenta. No se trataba solo de adoptar determinadas medidas: la revolución social hervía en los hogares de los pobres, en las fábricas y talleres y en las asambleas populares”⁸⁸.

Es decir, ante los ojos de todos y particularmente ante los ojos inquietos de las fuerzas reaccionarias, apareció en toda su gigantesca magnitud una “cuestión social” cuya existencia habían desconocido obcecadamente; comprendían que la marea de la lucha de clases crecía, que las bisoñas huestes proletarias buscaban afanosamente un camino independiente para lograr sus propios fines y que las condiciones imperantes en el país dejaban posibilidades para que se pudiera producir un estallido revolucionario. “Las manifestaciones hostiles y de protesta de los gremios obreros -escribía Arturo Alessandri-, las huelgas frecuentes y prolongadas, el malestar que en todas partes se sentía, producían una sensación de incertidumbre, de terror. Las fuerzas productoras del país estaban así seria y formalmente amenazadas: un cataclismo aparecía como inminente y el terror se sentía por todas partes”⁸⁹.

Como ha podido apreciarse, la lucha de clase librada por el proletariado chileno importaba esfuerzos por organizar política y sindicalmente a los trabajadores, por emanciparlos de toda forma de explotación, por conquistar el poder político y la preponderancia social con igual derecho con que en épocas anteriores otras clases sociales habían procurado lo mismo; importaba además, esfuerzos por difundir la ideología específica y revolucionaria de los trabajadores, y por obtener para éstos mejores condiciones de vida y de trabajo. Estas actividades no implicaron el uso de la violencia por parte de los trabajadores, aunque los detentadores del poder económico, social y político respondieron a ellas poniendo en práctica todas las formas de violencia, aun las más extremas, para proteger sus privilegios y su calidad de explotadoras. Dicho de otro modo, en Chile como en todas partes, fueron los capitalistas quienes, en su afán por defender las posiciones detentadas y los intereses poseídos, levantaron un sistema de violencia institucionalizada

⁸⁷ J. M. Varas. *Chacón*, pág. 33.

⁸⁸ Manuel Rivas Vicuña. *Historia política y parlamentaria de Chile*.

⁸⁹ Arturo Alessandri P. *Recuerdos de Gobierno*, pág. 389.

–consustancial a su régimen de explotación– que se complementó con el uso de la violencia directa cada vez que las circunstancias calificadas por ellos mismos, les indicó que debían emplearlas.

Y así ocurrió en la década que se estudia, especialmente en el bienio 1919-1920. El avance del movimiento obrero y solo la posibilidad de que éste pudiera alcanzar sus objetivos, concitó el temor de los sectores pudientes; y este temor no se expresaba porque los trabajadores fueran a producir el caos, la violencia desenfrenada o un cataclismo destructor de todo, sino porque se desplegaban teniendo a la vista la necesidad de sustituir el régimen capitalista que resultaba ominoso para la inmensa mayoría del pueblo, por un régimen socialista que asegurara dignidad y respeto a la condición humana de los trabajadores y que suprimiera la ley de la selva en todos los planos de la convivencia social. Tales designios, expresión del más genuino e íntegro humanismo, tenían que ser rechazados por el ínfimo sector de los beneficiarios, virtualmente exclusivos, del vasto y complejo proceso de producción en que participaban todos los componentes de la sociedad. Y este rechazo, por cierto, originaba abusivos y agresivos asedios por parte de empresarios o agentes subalternos del Gobierno y la policía, imputaciones falsas a instituciones, dirigentes o simples obreros, todo lo que solía culminar en actos de inusitada violencia ejecutados bajo las consignas de restablecimiento del principio de autoridad, de protección a la propiedad y a la libertad de trabajo amenazada, de mantenimiento del orden, etc. Quedó así trazada la línea de conducta dura conforme a la cual las “aterrorizadas” clases dirigentes van a actuar entre principios de 1919 y mediados de 1920; esta línea tuvo, entre otras, las siguientes expresiones destacadas:

1. En enero de 1919, el Gobierno de turno, encabezado por el ministro radical Armando Quezada Acharan, solicitó al Congreso –y obtuvo– facultades que le permitieran declarar estado de sitio en las ciudades y provincias en que el orden público estuviese amenazado; según Quezada, “tanto en el norte como en el sur, en la región magallánica, se han venido produciendo hechos que revelan la existencia de elementos peligrosos, de elementos subversivos que constituyen una amenaza para la tranquilidad social”⁹⁰; luego expresó que en el norte existía “el plan de ciertos agitadores para provocar, a mano armada, a la fuerza pública, incendiar los depósitos de petróleo, asaltar las propiedades y subvertir en toda forma el orden público, alterando el régimen constitucional”. En esta ocasión, el senador Malaquías Concha denunció atropellos de toda índole, incluso arbitrarias prisiones y allanamientos ilegales llevados a cabo en diversos puntos del país; por ello terminó su exposición señalando: “No es la revuelta de abajo lo que puede perturbar la tranquilidad, sino el abuso de arriba”⁹¹.

⁹⁰ Intervención del Ministro Quezada Acharan. Sesión del Senado. 3 de febrero de 1919.

⁹¹ Intervención del senador Malaquías Concha. Sesión del Senado. 3 de febrero de 1919.

En virtud de esas facultades, se suspendieron las garantías constitucionales en diversos puntos del país, quedando instaurado –de hecho– un verdadero régimen dictatorial. Numerosos dirigentes políticos y sindicales obreros, entre ellos Recabarren⁹², fueron puestos en prisión y relegados, se clausuraron numerosos locales de organizaciones populares, etc. Esto se hizo varios días antes que el Gobierno dispusiera de capacidad legal para hacerlo; es decir, no solo se puso en práctica una ley de excepción que suprimía las libertades públicas, sino que con anterioridad a su dictación se aplicaron medidas que conculcaban derechos constitucionales y legales; así, los “defensores del orden” vulneraban los fundamentos jurídicos del orden establecido por ellos mismos e incurrían en arbitrariedad y violencia. Simultáneamente, el Ministro del Interior solicitó a varias intendencias, entre ellas a la de Antofagasta, que se le remitieran las listas de los subversivos de sus provincias, con indicación de si recibían dinero desde el exterior.

2. El Gobierno y sus esbirros desencadenaron cobardes y sanguinarias represiones de diverso tipo:

a) Entre fines de 1918 y mediados de 1920, hubo matanzas de obreros en Puerto Natales y Punta Arenas, en las oficinas Coya y Domeyko y en otros lugares. Más de un centenar de trabajadores fueron asesinados en actos de inenarrable brutalidad; solo en el asalto e incendio del local de la Federación Obrera de Magallanes perpetrado en la noche del 27 de julio de 1920, perdieron la vida, según el senador Daniel Feliú, entre treinta y cincuenta personas⁹³.

b) En el mismo período, incontables reuniones proletarias y concentraciones públicas fueron disueltas violentamente, dejando siempre un saldo de heridos y presos.

c) En ese tiempo, agentes policiales asaltaron y destruyeron por completo o empastelaron varias imprentas donde se editaban periódicos como *El Despertar de los Trabajadores* de Iquique, *La Comuna* de Viña del Mar, *El Socialista* de Antofagasta, *Federación Obrera* de Santiago y otros.

d) En el mismo período fueron reducidos a prisión en diversos puntos del país más de quinientos obreros y dirigentes de organizaciones sindicales, estudiantiles y políticos; solo en la oficina Coya fueron detenidos ciento cincuenta obreros, se les hizo objeto de arbitrarios procesos en el curso de los cuales magistrados como Astorquiza de Santiago, Sepúlveda de Iquique y otros, evidenciaron su enorme capacidad para prevaricar defendiendo los intereses de los sectores dominantes;

⁹² Recabarren fue apresado en Antofagasta y relegado a Lautaro el 29 de enero de 1919, esto es, nueve días antes que el Gobierno tuviera atribuciones para hacerlo.

⁹³ Intervención del senador Daniel Feliú. Sesión del Senado. 26 de agosto de 1920.

además, se redujo a prisión a las directivas de los Consejos federados de la F.O.Ch. de las oficinas Prosperidad, Rica Aventura, Peregrina, Santa Isabel y Campamento Candelaria (18 de abril de 1920).

Entre los detenidos estuvo Domingo Gómez Rojas, quien murió enloquecido en la cárcel a causa de las torturas a que fue sometido: responsabilidad principal en este asesinato correspondió al juez Astorquiza. También Luis Emilio Recabarren, víctima de las maquinaciones de un prefecto de policía, de un juez de Tocopilla y del ministro Sepúlveda de la Corte de Apelaciones de Iquique, estuvo arbitrariamente preso en la cárcel de Tocopilla desde abril hasta octubre de 1920.

Se pretendió dar a todos estos actos de flagrante arbitrariedad el sello formal del respeto y sujeción a la ley; se inició así el llamado “proceso a los subversivos” en que, muy significativamente, intervinieron elementos extranjeros. En efecto, en una comunicación –la N° A-26 del 2 de septiembre de 1920– enviada a su gobierno por el capitán De Lagatinerie, agregado militar de la Legación de Francia en Chile, se señala: “La enérgica campaña del Gobierno contra los centros anarquistas y maximalistas, entrega ya sus frutos. Un ministro de la Corte Suprema ha sido especialmente designado para este efecto. Yo he tenido ocasión de trabajar con él y de proporcionarle ciertas informaciones sobre individuos que figuran en nuestra lista inter-aliada de sospechosos”⁹⁴. Es decir, la represión que se llevaba a cabo en Chile estaba estrechamente ligada a actividades represivas contra el movimiento obrero desarrolladas a nivel internacional. Así se explica, entre otras cosas, que las violencias ejercidas en Chile hubieran sido simultáneas con las que se realizaban en Argentina y otros países latinoamericanos; así se explica también que hubieran funcionado “listas inter-aliadas de sospechosos” que eran manejadas por el agregado militar francés en Chile y seguramente por colegas suyos de otras nacionalidades en nuestro país y en otros.

e) Se asaltó e incendió el local de la Federación de Estudiantes de Chile; sus dirigentes, entre ellos Gandulfo y Santiago Labarca, debieron permanecer encarcelados padeciendo las arbitrariedades de una justicia clasista que operaba con la máxima arbitrariedad.

f) Se asaltó el local de la F.O.Ch. en Santiago.

3. Los empresarios, con el activo respaldo del poder estatal, agredieron sistemáticamente a los trabajadores; para no atender a sus peticiones mínimas y someterlos a más dura explotación mediante rebajas de salario o intensificación en el ritmo de trabajo, para privarlos del derecho a sindicalizarse e impedirles que

⁹⁴ Ministère de la Guerre. Etat major de l'Armée. *Archives historiques. Fonds Clemenceau. Renseignements sur l'Amérique Centrale et l'Amérique du Sud. 1917-1921.* 6N. 122.

actuaran y pensaran políticamente en ejercicio de sus derechos de ciudadanos, adoptaron medidas como las que se indica:

a) Normalmente rechazaban, sin el menor estudio, los pliegos de peticiones y sancionaban con la cesantía a los dirigentes que los elaboraban y tenían la osadía de presentarlos. Con ello inducían a huelgas que, en seguida, trataban de quebrar por todos los medios.

En el período, virtualmente todas las huelgas tuvieron el origen indicado. Incontables, como la de los empleados y obreros del Ferrocarril de Antofagasta, de los mineros del carbón, de los trabajadores de *El Teniente*, de los obreros ferroviarios o portuarios, de las obreras de la fábrica de tejidos de seda de Viña del Mar, etc., se alargaron a períodos superiores a diez, quince o veinte días; durante este tiempo, los trabajadores eran asediados por la fuerza pública, aguijoneados por la presión de sus necesidades y amedrentados por la posibilidad de la cesantía. Todo esto provocaba incidentes violentos con su inevitable secuela de presos, heridos y hasta muertos. En casos particulares, que se daban principalmente en las salitreras o en los campamentos mineros, los obreros debían abandonar sus sitio de trabajo o residencia para soslayar un aislamiento que los debilitaba dejándolos a merced de los empresarios; de este modo, en 1919, alrededor de mil trabajadores del mineral *El Teniente*, con sus familias, debieron bajar a pie hasta Rancagua y sostener una huelga desde allí. Con frecuencia a la huelga se respondía con el *lock-out*; esto es, se declaraba el cese de funcionamiento de la empresa lo que creaba la posibilidad de contratar personal nuevo o recontratar a los más débiles y sumisos; en estos casos, la cesantía hacía víctimas entre los trabajadores más firmes y conscientes.

b) Las empresas solían mantener un sistema de espionaje sobre las actividades de sus trabajadores; por razones obvias en las oficinas salitreras y campamentos mineros este sistema era más perfecto: existían verdaderas guardias privadas, por lo general armadas, que controlaban la vida completa de los trabajadores; a estas guardias correspondía impedir que circularan periódicos populares, tomar conocimiento e informar sobre los trabajadores que se desempeñaban como dirigentes sindicales o políticos, vigilar las reuniones que se realizaban e informar de lo tratado en ellas, etc.; además, en los verdaderos feudos que eran las salitreras, las guardias debían evitar que se rompiera el monopolio comercial de las pulperías que mantenían las empresas –y que eran centro de especulación y robo organizado a los trabajadores– y expulsar a los comerciantes intrusos.

Estos esbirros realizaban nefasta labor contra los trabajadores y sus organizaciones. Sus informes servían para confeccionar listas de obreros indeseables por “federados o socialistas”, los que eran rápidamente lanzados a la cesantía. Su prepotencia y actitud matonesca les hacía temibles, no fueron pocos los actos de

violencia que provocaron estos descastados ni las huelgas a que dio origen su comportamiento⁹⁵.

c) Se completaba la antes señalada modalidad de represión con el intercambio de listas negras entre empresarios. Como una prueba de esta brutal conducta se tiene la siguiente circular enviada por The Tarapacá and Tocopilla Nitrate Co. Ltd.:

Oficina Santa Fe. 3 de septiembre de 1920.

A los señores administradores de las Oficinas North Lagunas y Virginia.

Muy señores nuestros:

Nos es grato poner en conocimiento de ustedes que con fecha 18 de agosto pasado se despidieron de esta oficina a los siguientes trabajadores por ser propagandistas del socialismo y perturbadores del orden...

Les rogamos se sirvan no darle trabajo a estos individuos.

d) Los trabajadores en cumplimiento de obligaciones elementales se daban respaldo recíproco mediante actos de solidaridad, incluso paros. Estos últimos solían servir de pretexto para que empresas despidieran a dirigentes o realizaran purgas entre sus obreros, o pusieran en práctica planes de cambio de personal reemplazando trabajadores antiguos por otros más nuevos a los que se pagaban más bajos salarios. He aquí un ejemplo ilustrativo por muchos conceptos:

En diciembre de 1919, los trabajadores de Chuquicamata decidieron realizar una asamblea, lo que suponía suspensión de faenas durante algunas horas, para analizar el triunfo de la huelga que por más de veinte días sostuvieron los obreros y empleados del Ferrocarril de Antofagasta. Bastó este solo hecho, que fue tomado como huelga, para que la Chile Exploration Co. dispusiera una suerte de *lock-out*. Junto con el cierre temporal de la mina, miles de personas –obrerros con sus familias– fueron desalojados a viva fuerza de sus viviendas y expulsados del mineral; el 27 de diciembre, fueron trasladados a Antofagasta unos ochocientos obreros con sus familias; en menos de una semana, alrededor de tres mil quinientas personas fueron lanzadas a un éxodo forzoso desde lo que los trabajadores denominaban “la tierra esclava de Chuqui”. No es difícil imaginar el dramatismo que encerraban decisiones tan brutales como esta.

Debe subrayarse que estas acciones se llevaron a cabo usándose discrecionalmente la fuerza pública, incluso el Ejército. Una prueba elocuente de la sujeción

⁹⁵ El 24 de octubre de 1919, por ejemplo, los obreros de Chuquicamata se declararon en huelga. Días antes, los guardias de la Compañía apresaron a dos vendedores del periódico *El Socialista* de Antofagasta. La huelga se hizo para obtener la libertad de los detenidos; pero también fue de protesta por la forma como actuaban esos guardias, por las vejaciones de que hacían objeto a los trabajadores y por los anunciados propósitos de la Compañía de reducir salarios y aun de reemplazar a muchos trabajadores por otros que se encontraban cesantes en Antofagasta.

en que se colocó a las fuerzas armadas de la República con respecto a la voluntad de quienes explotaban a trabajadores chilenos y al país, la constituye la declaración pública hecha por un capitán de apellido Pedraza, jefe militar de Chuquicamata en 21 de diciembre de 1921.

Esta declaración parece más propia de un administrador o de un capataz de la Chile Exploration Co., que de un capitán del Ejército de Chile. En ella, este oficial aparece, de hecho, hablando en nombre y representación de la empresa y comunicando decisiones de ésta. Es decir, olvidando su jerarquía y la significación del instituto armado a que pertenecía, el capitán Pedraza actuó como simple protector de una tropelía cometida contra trabajadores nacionales por una empresa norteamericana. La redacción de este documento e incluso la forma de fecharlo, hace pensar que el capitán Pedraza ni siquiera fue el autor de él; solo lo firmó por mandato de sus patronos yanquis y lo refrendó con la autoridad de que estaba investido.

Acciones como la ejecutada en el mineral de Chuquicamata fueron reproducidas por otras empresas. En marzo de 1920, de la oficina salitrera Rosario fueron desalojados doscientos hombres, setenta mujeres y setenta y cinco niños.

4. Juzgando todavía insuficientes todos los medios represivos de que disponían, las clases dirigentes generaron otros instrumentos de acción antipopular: las “guardias blancas” y las “ligas patrióticas”.

Las primeras eran grupos más o menos ocasionales, armados por empresarios, carentes de objetivos propios, que cumplían la misión de agredir a organismos populares, de realizar provocaciones en manifestaciones públicas de los trabajadores y, formalmente, de “proteger la propiedad amenazada por los desbordes del populacho”. Normalmente, estaban compuestas de mercenarios que operaban bajo la dirección inmediata de elementos patronales; frecuentemente, su acción se coordinaba con la de las fuerzas policiales.

Las ligas patrióticas, en cambio, eran organizaciones más definidas. Aprovechando los ardores chovinistas producidos por la existencia del problema de Tacna y Arica y por la tirantez de las relaciones de Chile con Perú y Bolivia, preconizaban un nacionalismo estrecho, belicista, que promovía las más repulsivas acciones. En íntima mezcla con una deplorable forma de nacionalismo, fomentaban concepciones de tipo tradicionalista. El socialismo y las organizaciones progresistas eran vistos como tenebrosas expresiones de la antipatria en cuya actividad no estaba ausente la “mano peruana” o el corruptor influjo del “oro del Perú”. En razón de ello, las ligas tuvieron muy activa participación en ataques a los locales sindicales y políticos de los trabajadores, muchos de los cuales, como se ha señalado, dejaron numerosos muertos y heridos; es decir, de hecho, fueron brigadas de choque contra el movimiento popular, alentadas por las fuerzas más regresivas del país.

Por el contenido ideológico y por el sentido de su actividad, cabe definir a las ligas patrióticas como una temprana manifestación de fascismo en Chile. De ahí que la Liga Patriótica de Tarapacá fuera antecesora del partido Fascista que apareció en Iquique en 1923 con el lema “Viva Chile; muera el comunismo”.

5. El Poder Judicial, evidenciando su naturaleza esencialmente clasista, se sumó, dentro del campo de su competencia, a la generalizada ofensiva antiobrera y represiva desencadenada. Normalmente aplicaba a los dirigentes populares no solo el peso de la ley, sino que ponía en práctica procedimientos que implicaban sanciones largas y duras en la etapa de sustanciación de los procesos; tal ocurrió, por ejemplo, con Recabarren, quien en 1920 fue mantenido de la cárcel de Tocopilla más de doscientos días durante un proceso incoado sobre la base de calumnias y canallescas imputaciones. Además los magistrados cerraban los ojos o se mostraban complacientes ante las torturas y vejaciones de que hacía víctima a los detenidos. Mientras tanto los tribunales y jueces nada hacían por sancionar a los integrantes de las guardias blancas o a quienes se ensañaban brutalmente con los trabajadores.

En ocasiones, los tribunales incluso daban su respaldo implícito a los mecanismos de explotación y de robo organizado de que eran objeto los trabajadores. El 15 de noviembre de 1919, la Corte de Apelaciones de Iquique dictaminó que el pago de salarios en ficha no importaba infracción legal de ninguna especie. Tan monstruoso dictamen revela fehacientemente que la Corte de Apelaciones iquiqueña operaba como simple organismo judicial al servicio de las empresas salitreras, que descargaba el peso de su autoridad contra los trabajadores. La absurda actitud en que se colocó la Corte, incluso mereció reparos de *La Unión*, periódico conservador de Valparaíso.

6. En su afán por provocar al movimiento obrero, de recoger informaciones útiles a los enemigos de la clase trabajadora y de inducir acciones irresponsables que pudieran ser reprimidas con facilidad, agentes policiales y de otra índole eran introducidos a la organizaciones sindicales y políticas del proletariado. En más de una oportunidad estos agentes actuaron con tal destreza, habilidad y disimulo, que incluso llegaron a cargos de dirección en esos organismos; tal ocurrió, por ejemplo, con Evaristo Ríos Hernández, quien fue dirigente tanto en el Partido Obrero Socialista como en la F.O.Ch. de Santiago. La actividad de individuos como Ríos, forma solapada pero eficaz de agresión, solía producir nefastos resultados: sembraba desconfianza hacia las organizaciones proletarias, desmoralizaba a sus miembros y creaba estados de confusión que atentaban contra su integridad y sus posibilidades de desarrollo.

En suma, frente a la lucha de clase sostenida por los trabajadores y encabezada por la clase obrera, la dictadura de clase ejercida por quienes concentraban el

poder económico-social y político, se hizo sentir con toda su tenebrosa intensidad y haciendo caso omiso de la institucionalidad y del “estado de derecho” con que se recubría; esa dictadura echó mano de todos los recursos a su alcance, incluso los más violentos, para obstruir el progreso del movimiento obrero, para impedir que los trabajadores pudieran mejorar las miserables condiciones en que se debatían y hacer uso de las garantías y libertades que la Constitución aseguraba a los habitantes de la República; se puede concluir entonces que los explotadores tomaron siempre la iniciativa en el uso de todas las formas de violencia, aun las aparentemente más sutiles para preservar sus intereses; así, la violencia institucionalizada del régimen adquirió mayor intensidad. En otros términos, en un instante de crisis como el que vivía el régimen en Chile, la burguesía trató –cumpliéndose lo señalado por Lenin– “a la parte revolucionaria del proletariado, sin detenerse ante nada, ni siquiera ante las medidas militares más arbitrarias y más bárbaras”⁹⁶.

7. El año 1920: surgimiento del reformismo burgués

El año 1920 hay que elegir nuevo Presidente de la República. Habitualmente, desde 1891, a un proceso electoral de esta especie solo se concedía una importancia relativa. La existencia de un régimen parlamentario había restado poder y significación a las funciones presidenciales e incluso dejaba abiertas amplias probabilidades para que grupos políticos antagónicos del Presidente pudieran gobernar con virtual independencia de éste si contaban con mayoría del Congreso. Por otra parte, hasta 1920, las contiendas electorales habían tenido lugar en un ambiente de normalidad, dentro del esquema político-social en que funcionaba la República burguesa; es decir, el país desarrollaba su vida en los cauces establecidos por las fuerzas sociales dominantes; éstos aparecían sólidos por cuanto ningún elemento social tenía la fuerza suficiente como para romperlos o sobrepasarlos; además, nadie disputaba seriamente a la burguesía en su conjunto –o a sus diversas fracciones, incluida la oligarquía terrateniente– el derecho adquirido o conquistado, a tener en sus manos el órgano ejecutivo del poder político.

Pero, según se ha visto en las páginas precedentes, hacia el año 1920 las cosas habían cambiado sustantivamente no solo en Chile, sino en todo el mundo. Esto es, con anterioridad a 1920, en los comicios electorales afloraban y se dirimían principalmente las contradicciones y antagonismos entre las diversas fracciones de las clases dirigentes y sus correspondientes grupos políticos. Pero las elecciones presidenciales de ese año se realizaban en un contexto nacional que prácticamente

⁹⁶ V. I. Lenin. *¿Qué hacer ahora? Obras Completas*, tomo 21, pág. 105.

nada tenía en común con el que había prevalecido hasta entonces. En ese momento, el régimen capitalista chileno ponía al desnudo todas sus flaquezas y limitaciones; además el sistema político –monopolio virtualmente exclusivo de una clase– demostraba su agotamiento e ineficacia; las masas trabajadoras estaban profundamente agitadas y conmovidas por vigorosos anhelos de cambio social –revolucionario incluso–, y padecían con singular rudeza los efectos de una violenta crisis económica; las capas medias, por su parte, daban muestras de inconformismo manifiesto y aun de rebeldía; por efecto de todo lo anterior, la lucha social había arreciado y se trataba de contener el avance del movimiento obrero con el uso más sistemático y brutal de la fuerza.

En ese turbulento escenario, preñado de variadas perspectivas, se advierten tres maneras más o menos claras de apreciar las cosas. Los “de abajo” –para emplear un término manejado por Lenin para referirse al proletariado y a trabajadores en general– daban muestras de no querer seguir viviendo como hasta entonces habían estado obligados a hacerlo; buscaban cambios profundos y, los más avanzados de ellos, bregaban por transformaciones revolucionarias. Un sector de los “de arriba” –elementos burgueses– que sentían la imposibilidad de seguir administrando el Estado conforme a los padrones existentes, estimaban que era preciso considerar las nuevas realidades y programar una política de nuevo estilo para enfrentar una situación juzgada temible por la carga social explosiva que encerraba; la mayoría de los “del medio” –capas medias y pequeña-burguesía– participaba de estos pensamientos. Finalmente, otro sector de los “de arriba” –el grueso de la burguesía y su sector oligárgico– se daba cuenta de lo que ocurría, pero demostrando plena confianza en la fuerza que tenía a su disposición y a la vez minimizando el alcance de lo que agitaba a los “de abajo” –que lo reducían a la simple labor de “agitadores profesionales”– estimaba estar en situación de seguir administrando el Estado y ejercer el poder, con la totalidad absoluta de sus atributos, en la forma que lo había hecho hasta entonces; así esperaba controlar y anular situaciones de amenaza o rebeldía originadas por los “de abajo”.

Este es el esquema conforme al cual se ordenaron las distintas fuerzas político-sociales en 1920. Con la situación dada, la lucha por la Presidencia de la República adquirió una dimensión totalmente nueva; la contienda no solo iba a decidir la elección de un hombre para un cargo que había sufrido menoscabo, sino que involucraba la elección de una política de fondo llamada a tener influencia decisiva en el desarrollo posterior de la sociedad. Bien puede afirmarse que en 1920, Chile estuvo colocado en una encrucijada que ofrecía dos alternativas factibles:

1. La perduración –ahora endurecida, violenta y con sentido profundamente reaccionario– de la República burguesa, y

2. El paso a una República burguesa, democrática, en cuya dirección política participaran preponderantemente elementos sociales –como las capas medias y la pequeña-burguesía– hasta entonces excluidos de toda intervención decisiva, y que fuera apto para realizar cambios, inspirados en el reformismo burgués, destinados a preservar la estructura esencial del régimen dominante; se trataba, en el fondo, de un esfuerzo realizado por la burguesía –o más bien por un sector de ella– en alianza con las capas medias y la pequeña-burguesía para “transformar el Estado al modo burgués, reformista, no revolucionario”⁹⁷.

Una tercera alternativa, la revolucionaria, que condujera al socialismo no era viable; la clase obrera carecía de la fuerza requerida para producir un vuelco de tal naturaleza y magnitud.

Dos nombres fueron postulados como candidatos a la Presidencia: Luis Barros Borgoño y Arturo Alessandri Palma. Tardíamente, solo cuatro semanas antes de la fecha de las elecciones, se presentó la candidatura de Luis Emilio Recabarren.

Barros Borgoño fue el abanderado de la Unión Nacional, coalición que agrupaba al Partido Conservador y a la mayor parte de los partidos o fracciones liberales, y a la que secundaron algunos elementos del Partido Radical. Representaba Barros Borgoño a los núcleos más poderosos e intransigentes de la burguesía, especialmente de la burguesía bancaria y comercial y de la oligarquía terrateniente. Sustentaban, según expresiones de la época –manifestadas posteriormente en forma reiterada por las fuerzas reaccionarias–, “las ideas de paz social, de orden y progreso, dentro de los principios de debido respeto a las instituciones y a las libertades individuales garantizadas por nuestra Constitución”. Estos sectores burgueses confiaban en su fuerza para mantener incólume el predominio que detentaban; sostenían que la “cuestión social” había alcanzado niveles peligrosos solo por la obra disolvente de algunos agentes subversivos, por lo que era posible “resolverla” apelando simplemente a medidas de fuerza; interesados en mantener intactas sus posiciones y en no renunciar ni a sus más mínimas prerrogativas, juzgaban que podrían mejorarse las condiciones en que se hallaban los asalariados mediante la acción paternalista que individualmente realizaran capitalistas y terratenientes guiados por el “espíritu de caridad cristiana y solidaridad social”, o bien a “través de leyes dictadas sin premios y sin comprometer los intereses permanentes de la economía nacional”.

La burguesía liberal reformista se unió estrechamente a los Partidos Radical y Demócrata, constituyendo la Alianza Liberal. Esta coalición política englobó, bajo dirección burguesa, a las capas medias y a la pequeña-burguesía y levantó como candidato

⁹⁷ V. I. Lenin. *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. Obras Escogidas, Editorial Problemas, tomo 4, pág. 97.

a Arturo Alessandri Palma. La Alianza Liberal tuvo la perspicacia suficiente como para comprender que la situación existente en el país respondía a causas profundas, de carácter universal, que poseía vastas y amenazadoras proyecciones y que, para encerrarla en un sentido favorable a la burguesía, era necesario mucho más que el empleo de primarios métodos de represión. He aquí el razonamiento de Alessandri:

*En los momentos actuales, la humanidad entera atraviesa por uno de aquellos grandes períodos que marcan una gran transformación social; asistimos ciertamente al nacimiento de un nuevo régimen, y es ciego y sordo quien no quiera verlo y sentirlo. De un extremo a otro del universo surge una exigencia perentoria..., en orden a resolver con criterio de estricta justicia y equidad los derechos que reclama el proletariado en nombre de la solidaridad, del orden y la conveniencia social. El progreso económico de los pueblos... es la resultante precisa del esfuerzo personal del individuo y del capital que utiliza y remunera ese esfuerzo. En consecuencia, si el proletariado que representa el músculo, el vigor, el esfuerzo inteligente en el inmenso laboratorio económico donde se genera la riqueza de los países, es un factor eficiente y necesario del progreso, debe ser entendido, protegido y amparado. Hay para ello razones morales de justicia y razones materiales de conveniencia*⁹⁸.

Entrando a referirse a la lucha social existente, Alessandri agregó: “Esta situación desastrosa va, además, cavando poco a poco un abismo de enconos y de rencores entre el capitalista y el obrero, factores ambos del progreso nacional, socios comunes en la vida de los pueblos, cuyo crecimiento y prosperidad está precisamente basado en la armonía que debe presidir las relaciones de aquellos dos grandes factores obligados de toda prosperidad...”. Por último, sostuvo que el Gobierno debería tener “normas preestablecidas para conjurar el peligro... que restablezca la paz y el orden restableciendo la armonía entre el capital y el trabajo...” y que el Estado, reconociendo “la eficacia del proletariado como factor económico irremplazable” debería contar con “los elementos necesarios para defenderlo física, moral e intelectualmente”⁹⁹.

Estas premisas demostraban que el reformismo burgués más agudo en el análisis y más penetrante en la interpretación del acontecer social que los grupos integrantes de la Unión Nacional, realizaba esfuerzos por encontrar fórmulas políticas que, sin retroceder hacia posiciones reaccionarias, fueran capaces de comprometer y aun asociar en la defensa y robustecimiento del régimen a elementos que actual o potencialmente antagonizaban con él. De ahí que recogiera aspiraciones de esos elementos y, despojándolas de su sentido o alcance revolucionario, las convirtiera en planteamientos de reformas que debían introducirse para

⁹⁸ Alessandri. *Recuerdos de Gobierno*, pág. 434.

⁹⁹ *Ibid.*

“perfeccionar la convivencia social”. Se trataba, en suma, de realizar una calculada y audaz tentativa encaminada a confundir y desorientar internamente a fuerzas que por su situación económico-social eran esencialmente contrarias al régimen, procurando incluso convertirlas a todas o a la mayor parte de ellas en elemento estabilizador, en barrera protectora y en factor capaz de neutralizar a quienes estuvieran motivados por una fundada conciencia revolucionaria. De ahí que también propiciara esfuerzos para sacar al país de la honda crisis económica y política que padecía; con este objeto se diseñaron algunas reformas que suprimieran el parlamentarismo, que restringieran la influencia y el poder de los bancos particulares, que –según Alessandri– “entre nosotros eran muy fuertes, estaban aun por encima de los poderes públicos y disponían de influencias y medios para subyugarlos”¹⁰⁰, que establecieran impuestos progresivos a la renta, que controlaran los factores condicionantes de la inflación, etc.

Para hacer todo eso, en primer término, la burguesía reformista se orientó a atraer a las capas medias y a la pequeña-burguesía, que representaban un conjunto social numeroso, heterogéneo, influyente, poseedor de cierto grado de prestigio y de indudable potencialidad. En síntesis, la burguesía reformista vio en las capas medias y en la pequeña-burguesía fuerzas susceptibles de ser instrumentalizadas como un factor estabilizador y de ser conducidas a un estado de conformismo apropiado para convertirlas en barrera de los avances revolucionarios del proletariado.

Al quedar los Partidos Radical y Demócrata insertos en el esquema de la Alianza Liberal, el reformismo burgués adquirió vigor adicional y se convirtió en la expresión ideológica de las capas medias y de la pequeña-burguesía.

La Alianza Liberal también tuvo claridad para apreciar el estado en que se hallaba el movimiento obrero y las perspectivas que éste tenía. Entendió que el desarrollo independiente del proletariado, el fortalecimiento y expansión de sus instituciones políticas y sindicales y el libre juego de su capacidad de lucha en un clima de tensiones agudas, expresaban un proceso revolucionario que podría desembocar –tarde o temprano– en un estallido destructor del régimen capitalista. Más aún, verificando que los trabajadores llegaban a posiciones revolucionarias a través de luchas reivindicativas por la solución a problemas inmediatos, proyectó ofrecer soluciones a algunos de esos problemas por la vía de reformas al régimen; con ello se intentaba interferir el camino de los trabajadores hacia la revolución e inducirlos, en cambio, a que siguieran el camino del “perfeccionamiento evolutivo de la sociedad por medio de imprescindibles y justas reformas”. Alessandri expresó el sentido del reformismo frente al movimiento obrero en estos términos: “Entre

¹⁰⁰ Op. cit. pág. 382.

nosotros es indispensable la pronta dictación de leyes que contemplen los intereses de patrones y obreros, como un antídoto para los espíritus subversivos que desean y persiguen la disolución del orden social. Estableced el equilibrio social por medio de leyes justicieras que contemplen las reivindicaciones del proletariado y dejad en seguida que vengan los elementos anárquicos y subversivos a predicar y gritar sus teorías; veréis cómo se estrellarán impotentes contra la justicia social que es paz, que es orden, equilibrio y armonía¹⁰¹.

Con cierta tardanza, derivada de su propia situación interna y de la vigorosa represión de que se hacía objeto al movimiento obrero, el Partido Obrero Socialista aquilató la importancia del proceso político en desarrollo; se dio cuenta que debía terciar en él no solo para fijar una posición de principios, sino para reafirmar la independencia del proletariado y de su partido frente a las tendencias que se advertían en el campo burgués, especialmente frente a la peligrosidad que encerraba el reformismo auspiciado por la Alianza Liberal. Ya en febrero de 1920, el periódico *La Comuna* postulaba la necesidad de que el Partido levantara una candidatura genuinamente proletaria a la Presidencia; “no pretendemos con esto triunfar –decía el periódico–; los obreros vencerán con otras armas más eficientes. Solo queremos evitar que el pueblo acepte silenciosamente los acuerdos y mandatos de la oligarquía... Los trabajadores deben llevar a la lucha presidencial candidato propio!”¹⁰². De acuerdo con estas ideas, en el Congreso realizado en Antofagasta entre el 1º y el 2 de junio de 1920, el Partido decidió presentar la candidatura de Luis Emilio Recabarren, quien se encontraba preso en la cárcel de Tocopilla. Dando a conocer esta determinación, se lanzó un manifiesto en que se explicaba que el Partido de la clase obrera no podía apoyar a ninguno de los dos postulantes burgueses, porque ninguno concordaba con el programa o la doctrina del socialismo; “es conveniente que la clase trabajadora sepa –añadía el manifiesto– que la candidatura de la Unión Nacional representa para el pueblo la perpetuación del régimen despótico actual y que la candidatura de la Alianza Liberal no es, como se ha pretendido hacer creer al pueblo, la encarnación de una nueva tendencia política que ha de encarar desde el Gobierno los problemas que agitan a nuestro país en la forma científica y racional con que en el mundo se resuelven los problemas sociales, sino que alucinando al pueblo trabajador con falsas promesas de un falso evolucionismo, pretende por este medio conseguir el apoyo de las clases trabajadoras para convertirse mañana en el amo de éstas”. Terminaba la declaración puntualizando que la candidatura de Recabarren era expresión de la independencia política del Partido Obrero Socialista, constituía una protesta por las

¹⁰¹ Arturo Alessandri P. *El Presidente Alessandri y su Gobierno. Discurso pronunciado en despedida de oficiales de la Escuela de Carabineros en 1923*, pág. 202.

¹⁰² *La Comuna*. Viña del Mar, 26 de febrero de 1920.

violencias con que tan brutalmente se victimaba a los trabajadores y contenía, además, la esperanza de que en el futuro, “el Gobierno del pueblo ha de ser el que el pueblo mismo elija”.

La resolución indicada posee la más alta significación. Con ella el Partido de la clase obrera, por primera vez en la historia de Chile, realizaba un gesto y exponía un pensamiento o propósito destinados a proclamar el derecho y la aspiración del proletariado a conquistar el poder político. Con ella, se señalaba un cambio en la posición subalterna, indecisa o “seguidista” que tradicionalmente habían tenido los trabajadores frente a las contiendas para elegir Presidente; la candidatura de Recabarren importaba la apertura definitiva de un nuevo campo a las luchas proletarias: el campo electoral, lo cual suponía, por un lado, aprovechamiento intensivo de la actividad electoral para la movilización, organización y educación política de las masas trabajadoras y, por otro, el propósito de conquistar posiciones que sirvieran al avance del movimiento revolucionario. En armonía con estos criterios, el Partido declaraba: “Nuestra actitud es de lucha de clases, lo repetimos, y luchamos contra la burguesía, se presente con el ropaje que se presente”¹⁰³.

Todo esto implicaba, en el fondo, llevar la lucha de clases del proletariado a todos los terrenos, incluso al político, con lo que ésta entraba a su fase más alta. Además, entrañaba repudio categórico de las concepciones anarquistas y pseudo-revolucionarias que preconizaban la abstención del proletariado en las luchas políticas, concepciones que en su última instancia solo servían a las clases explotadoras y concordaban con las de ellas. Por último, la candidatura de Recabarren mostraba –repetimos– la determinación de ubicar a la vanguardia política del proletariado en una posición de independencia con respecto a otras fuerzas políticas y de rechazo absoluto tanto a las manifestaciones de reformismo representados por Alessandri, como de reaccionarismo puro de los sectores que apoyaban a Barros Borgoño.

La campaña electoral, librada en medio de violenta represión al movimiento obrero, alcanzó un ardor y una violencia sin precedentes.

Alessandri buscó el triunfo afanosamente, poniendo en práctica las clásicas y desenfadadas técnicas de los más diestros políticos reformistas. Manejando a veces un lenguaje ambiguo y hasta cauteloso, excitó los temores de grupos burgueses y, a la vez, se presentó a ellos como el único sedante capaz de apaciguar la explosiva situación social. Aprovechó al máximo el inconformismo, las esperanzas y desesperanzas de las capas medias, ante las cuales asumió con vehemencia el papel de su genuino y fiel abanderado y del hombre que se empeñaría en dar cabal

¹⁰³ *La Comuna*. Viña del Mar, 9 de junio de 1920.

satisfacción a sus aspiraciones. Luego, haciendo gala de la más audaz demagogia, buscó la manera de acaudillar a las masas populares, a su “querida chusma”, como él decía; no solo se limitó a hablar a los trabajadores un lenguaje que les resultaba grato y hasta familiar –como que en gran parte era el lenguaje que usaban los dirigentes proletarios–, sino que los supo interpretar; “por primera vez, en efecto, un político burgués llamaba crudamente las cosas por su verdadero nombre. Fue entonces cuando se popularizaron términos como ‘oligarquía’, ‘canalla dorada’, ‘viejos del Senado’, todos ellos tomados de los discursos de Alessandri”¹⁰⁴; con elocuencia encendida, atacó las injusticias sociales, fustigó el egoísmo de los poderosos, denunció los abusos que se cometían, puso al desnudo las lacras del régimen, proclamó derechos hasta entonces negados; junto con manifestar su “amor” por el pueblo, habló de la necesidad de reconocer con criterios de justicia y de equidad las legítimas demandas formuladas por el proletariado; tan lejos fue en sus planteamientos, que el periódico *La Comuna* escribió: “El candidato de la Alianza ha tomado para su plataforma electoral muchas de las enseñanzas de este apóstol. Las reformas predicadas por Recabarren han servido para que Alessandri se conquiste popularidad”¹⁰⁵.

Es decir, el reformismo burgués, que hizo su aparición en Chile justamente con Alessandri, fue lo suficientemente flexible y audaz como para tratar de cohesionar en torno a la burguesía y a sus intereses a sectores sociales que nada tenían en común con esa clase y sus intereses; para ello no vaciló en apropiarse formalmente de las reivindicaciones planteadas por el movimiento obrero revolucionario a fin de concitar –por una parte– la simpatía y la adhesión de las masas populares y de sembrar en ellas –por otra– un estado de confusión ideológica que las condicionara para seguir por las sendas que la burguesía trazara. La Alianza Liberal, en suma, se propuso dar un vuelco en la vida política, poniendo en práctica una acción que junto con atraer a los trabajadores, los indujera a seguir el camino y a perseguir los objetivos que la burguesía fijara; de ahí que su programa contuviera puntos tales como la dictación de un Código del Trabajo y de leyes sociales, el reconocimiento de los derechos de sindicalización y huelga, la creación de organismos de seguro social, el establecimiento de la jornada de ocho horas, etc. Pero, ese mismo programa carecía en absoluto de planteamientos o proposiciones que condujeran a un cambio sustancial en la estructura económico-social del país; y esto sucedió porque ni Alessandri ni la Alianza Liberal tenían interés en que tal cosa ocurriera; su política no tenía otro fin que conservar cierto estado de cosas, retocándolo en algunos de sus aspectos

¹⁰⁴ Elías Lafertte. *Vida de un comunista*, pág. 151.

¹⁰⁵ *La Comuna*. Viña del Mar, 2 de junio de 1920.

externos, protegiéndolo con la creación de muros de contención del movimiento obrero revolucionario; el orden que quería conservar no era otro que el régimen burgués.

La Unión Nacional, obstinada en su conservadurismo elemental y aferrada al intransigente espíritu de clase de sus componentes, no quiso o no pudo advertir el carácter eminente y modernamente conservador del reformismo burgués. Para ella, Alessandri no solo era un provocador de la lucha de clases en Chile, sino también un ambicioso demagogo que mantenía “en agitación a las masas obreras con sonoras promesas de concluir con el capitalismo y hacer feliz a los trabajadores mediante la total e inmediata satisfacción de todas sus aspiraciones”¹⁰⁶; Alessandri, se decía, no era otra cosa que “un agitador comunista”¹⁰⁷ que no levantaba una “plataforma electoral, sino una enseña revolucionaria”¹⁰⁸. De ahí que para la Unión Nacional, lo que estaba en juego era “el triunfo de nuestras ideas sociales y constitucionales o el triunfo de las ideas maximalistas que destrozaron a la Rusia y que hoy están latentes entre la gente que rodea al candidato de la pseudo Alianza Liberal”¹⁰⁹. La candidatura de Alessandri mereció pues, el categórico rechazo de la más regresiva y potente porción de las clases dirigentes.

Las maniobras de la Alianza Liberal para atraer a vastos sectores proletarios tuvieron pleno éxito. En 1920, Alessandri fue, de hecho, el candidato del pueblo; éste, sin suficiente madurez aún, se dejó arrastrar por la palabra encendida y la promesa fácil del “León de Tarapacá”.

No obstante su contenido esencialmente reaccionario y demagógico, el movimiento encabezado por Alessandri y la Alianza Liberal se orientaba a mantener vigentes las formas básicas de la democracia burguesa; el reformismo burgués presentó, desde este ángulo, un aspecto indudablemente positivo, que contrastaba en forma aguda con la línea dura, antidemocrática, sustentada por la Unión Nacional. En 1920, el reformismo burgués apareció provisto de una faceta favorable al desarrollo del movimiento obrero; formalmente, a lo menos, fue la expresión de sectores burgueses que, en razón de sus principios liberal-democráticos, aceptaban un cierto grado de elasticidad de la institucionalidad vigente, de tal manera que dentro de ella era posible reconocer a las organizaciones políticas y sindicales proletarias los derechos que garantizaba la Constitución para el desenvolvimiento de sus actividades; justamente aquí radica uno de los motivos que la Unión Nacional tuvo para hacer blanco de tan enconados ataques a la Alianza Liberal. Por otra parte, la Alianza Liberal, reconociendo la enorme fuerza potencial de los

¹⁰⁶ *El Diario Ilustrado*, 9 de mayo de 1920.

¹⁰⁷ *El Diario Ilustrado*, 13 de junio de 1920.

¹⁰⁸ *El Diario Ilustrado*, 22 de mayo de 1920.

¹⁰⁹ *El Diario Ilustrado*, 11 de junio de 1920.

trabajadores, y anhelosa por obtener su apoyo, provocó una vasta movilización popular, cosa que ocurría por primera vez en la historia electoral de Chile; y en esta movilización, muy amplios sectores de trabajadores, incluso campesinos, fueron sacudiéndose de las influencias reaccionarias que aletargaban su conciencia, permeabilizándose ante juicios críticos de que se hacía objeto al régimen. Alessandri obtuvo la victoria por un leve y discutido margen, razón por la cual solo pudo ocupar la Presidencia de la República debido a la decisión de un Tribunal de Honor que funcionó bajo la más intensa presión popular, a la que se sumó el Partido Obrero Socialista por razones expresadas de la siguiente manera:

Si consideramos que todo beneficio cierto de las masas populares no se puede esperar de otra fuente que la determinada por la extinción del régimen vigente, de la totalidad del régimen capitalista, de aspecto democrático en su fase más avanzada, tenemos que comprender que las luchas preparatorias de la caída del régimen tienen que hacerse dentro de la sociedad tal como se encuentra hoy organizada. Cruzarse de brazos sería suicida... Hay que incorporarse a la lucha en la situación en que se encuentra planteada, buscando sitio en ella y contribuir al esclarecimiento de las conciencias populares adormecidas, por todos los medios que en el momento no aporten peligro a la integridad y desarrollo de las clases obreras organizadas. Así, pues, hay que escoger entre Alessandri y Barros. Uno de los dos, necesariamente, tiene que ir al poder... Después de rechazar la posibilidad de apoyar la postulación de Barros Borgoño, se agrega: No nos queda, pues, otra cosa que ponernos del lado de Alessandri que ha roto las normas burguesas y oligárgicas de nuestras costumbres insinuando la posibilidad de reivindicaciones populares. Puede o no ser que Alessandri cumpla sus promesas. Tenemos que creerlo. Por lo menos podemos esperar que cese el régimen de persecuciones iniciado al amparo de las ideas sustentadas por la llamada Unión Nacional y atacado por los directores de la Alianza¹¹⁰.

Reconociendo el triunfo de Alessandri, el 2 de octubre de 1920, en *La Comuna* se escribió: "...no es el triunfo de nosotros los socialistas, porque nosotros luchamos por la amplia libertad de todos los pobres, y como buenos convencidos, no admitimos términos medios. Nuestro triunfo está lejano y descansa en la conciencia y en el cerebro de las huestes de todos los pobres del mundo. El día que el pueblo tenga una amplia conciencia moral y política, ese será el día de nuestro triunfo y será también (el día) en que el derecho a la vida hará toda la felicidad a todos los pobres que sufren".

Por último, en noviembre de 1920, el Comité Ejecutivo del Partido Obrero Socialista lanzó un manifiesto en que, después de analizar en triunfo de Alessandri y

¹¹⁰ *El Socialista* de Antofagasta. 14 de agosto de 1920.

su significado, "...alienta a los trabajadores para que hoy, mejor que nunca, hagan sentir su personalidad y adviertan a los dirigentes de la política nacional que por mucha que sea la afinidad que haya entre ellos y nosotros, los trabajadores queremos ser los dueños de nuestros propios destinos que nadie puede defender mejor que nosotros mismos. La causa de los trabajadores debe ser defendida por los propios trabajadores. Se propone al Comité Ejecutivo Nacional del Partido Obrero Socialista por medio del presente manifiesto, dar la voz de alerta al proletariado nacional a fin de que nadie pueda usufructuar de sus fuerzas..."

Puede apreciarse que en diversos tonos y en forma muy responsable, el Partido expresó su determinación de velar por la independencia del movimiento obrero y, en forma particularmente clara, enfatizó sus prevenciones frente a los esfuerzos reformistas por producir la subordinación de la clase obrera a líneas políticas de la burguesía.

Esta terminante definición aparecía tanto más necesaria cuanto que en el seno del movimiento obrero y aun en el Partido había elementos oportunistas de derecha que buscaban el enlace del proletariado con la burguesía por la vía del reformismo. En el periódico *La Comuna*, tal desviación se expresó en términos como éstos: "Alessandri: he ahí la frase mágica para los obreros de Chile. Lo quieren, lo ungieron Presidente de Chile, lo elevaron a la categoría de salvador nacional"¹¹¹. "Nuestros fervorosos anhelos son: de que haya armonía social y junto con ello queremos que el nuevo mandatario sepa pesar los valores de renovación que existen hoy en el país, pues para gobernar un pueblo hay que saberlo respetar y satisfacer sus aspiraciones y anhelos que engrandecen una nación"¹¹².

¹¹¹ *La Comuna*, Viña del Mar, 16 de octubre de 1920.

¹¹² *La Comuna*, Viña del Mar, 25 de diciembre de 1920.